

CIUDADANOS SIN FRONTERAS

Para hablar de migraciones, fácilmente, los estudios de las ciencias sociales incorporan a su lenguaje términos importados de las ciencias físicas —“flujos”, “corrientes”, “procesos”, “expansión”, “atracción”, “asimilación”, “fusión”, “rechazo”— como si quisieran hacernos entender que los fenómenos migratorios obedecen a fuerzas vitales de carácter casi natural. Más allá de las historias personales y las lógicas individuales que motivan los desplazamientos de muchas personas, ¿no hay realmente factores generales y de naturaleza colectiva que influyen y condicionan la toma de decisiones individuales? ¿Podría así la teoría de los vasos comunicantes describir y explicar la onda migratoria europea del siglo XIX y de la primera mitad del XX hacia los Estados Unidos y los países de América Latina? ¿Daría cuenta de la historia de las decenas de millones de europeos —ingleses, irlandeses, italianos, españoles, alemanes, etc.— y asiáticos que dejaron atrás miserables parcelas agrícolas y/o situaciones de persecución política o religiosa y buscaron mejor suerte en las vastas tierras del llamado *Nuevo Mundo* —sobreponiéndose, la mayoría de las veces, con fuerza y violencia, a sus moradores tradicionales— o en el bullicio de las fábricas y la vorágine de las ciudades y esto sin decir nada de otros tantos millones que emigraron con la misma ilusión y tomaron el camino de África o Oceanía?

ESTUDIOS SOCIALES 129

Fuerzas de "atracción" y "expulsión" se combinaron misteriosamente, a lo largo de la historia de la humanidad, y dirigieron los pasos de millones de hombres y mujeres hacia nuevas oportunidades de vida. La estatua de Giacometti *L'homme qui marche* —El hombre que camina— bien podría constituirse en paradigma de esta ave migratoria dotada de razón pensante que conocemos bajo el vocablo de *hombre*. El ser humano se revela como un eterno caminante en busca del futuro que le garantice la vida y la posibilidad de dejar su impronta en la tierra. Su historia ha puesto de manifiesto su inagotable capacidad de adaptación a la diversidad del medio donde le ha tocado vivir y su extrema ingeniosidad para superar cualquier traba que se contrapone a su libre desarrollo. Si Giacometti pudo artísticamente describir con tal calidad y propiedad la realidad humana ¿cómo sorprenderse —y peor aún indignarse— en el día de hoy frente a las nuevas corrientes migratorias que traducen conjuntamente el deseo y la necesidad de las mujeres y los hombres de responder a los desafíos que los plantea la realidad?

¡Extraños tiempos que los nuestros, cuando los pensadores neoliberales, presidentes de multinacionales, delegados de instituciones financieras internacionales y aliados políticos trabajan sin descanso para convencernos de las bondades y virtudes del libre mercado y no muestran la mínima preocupación por la vida de quienes tienen real vocación a la libertad y la universalidad! En un mundo global ¿no tendrían los seres humanos derecho a cruzar fronteras y romper barreras incluso antes que sus bienes y capitales?

Las condiciones del desarrollo socio-económico de los pueblos cambian sin tregua y explican la correlativa inversión de algunas de las corrientes migratorias actuales, por ejemplo, las que, en las últimas décadas, mueven caribeños y latinoamericanos hacia Estados Unidos y Europa, dando así a esta última la oportunidad de rejuvenecerse con el retorno de parte de los descendientes de sus hijos emigrados en el ayer. En este contexto, Juan Manuel Romero Valiente, que en trabajos anteriores

CIUDADANOS SIN FRONTERAS

presentados en *Estudios Sociales*, estudió la presencia española en el país, analiza con minuciosidad la historia de la presencia creciente de los/as dominicanos/as en España y los motivos de esta nueva página de lo que podríamos llamar "*la continuada y cambiante historia de las migraciones humanas*". A su vez, Segundo Pantoja presenta algo de la experiencia migratoria de los/as dominicanos/as en Nueva York y analiza cómo la alta participación de los/as mismos/as en las diversas iglesias hispanohablantes, católicas o protestantes, responde a su necesidad de mantener un espacio significativo donde compartir su vivencia cultural y lingüística con compatriotas y otros inmigrantes caribeños y latinoamericanos.

Con la investigación de Olaya Dotel sobre los métodos de contratación de la mano de obra haitiana en República Dominicana presenciamos *in situ* parte de las injusticias y precariedades a los cuales son sometidos los inmigrantes haitianos en el país y cómo el carácter informal y la ausencia de contrato legal, en la mayoría de los casos, generan, primero para los trabajadores haitianos y luego, para sus mismos empleadores, efectos negativos y perniciosos, tanto a corto como a más largo plazo.

Walter Cordero echa mano de las ciencias sociales y la historia para intentar desatar algunos de los nudos del estado actual de las relaciones dominico-haitianas y de lo que él llama "*desencuentro étnico*". Su artículo nos lleva al encuentro de las raíces de dicha situación y nos invita a abrir caudales nuevos de convivencia entre los dos pueblos de la Isla.

Para concluir este número incluimos un documento histórico que ilumina de manera magistral los debates de hoy sobre las relaciones dominico-haitianas. En una carta de 1943, escrita desde el exilio y dirigida a unos intelectuales dominicanos comprometidos con Trujillo, Juan Bosch da una muestra ejemplar del humanismo y de la ética que guiaron toda su vida. Allí, Don Juan presenta los motivos por los cuales se niega rotundamente a caucionar la política racista y antihaitiana del régimen trujillista y

ESTUDIOS SOCIALES 129

proclama el derecho del más pobre —el haitiano en aquel entonces de la historia— a buscar y encontrar acogida en la tierra del menos desafortunado. Lamentablemente, la respuesta a continuación de los destinatarios de su carta y de muchos otros parecidos atestiguan, con dichos y hechos, hasta la fecha de hoy, que palabras como *ética*, *solidaridad*, *etc.* carecen de sentido para quienes se niegan a asumir los derechos y deberes inherentes a la condición humana: "Nuestro deber como dominicanos que formamos parte de la humanidad' es defender al pueblo haitiano de sus explotadores, con igual ardor que al pueblo dominicano de los suyos". (sic). Nos queda como desafío, asumiendo las semejanzas y diferencias de contextos, actuar políticamente de tal forma que ni aquí ni allá —Puerto Príncipe, Nueva York, Madrid, Bagdad o cualquier otro lugar del planeta— nadie se sienta en tierra extraña y sea atropellado y discriminado.



1 El subrayado es nuestro.